



✠ Lectura del santo evangelio según san Juan (2,13-25):

Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: «Quitad esto de aquí; no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre». Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: «El celo de tu casa me devora».

Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: «¿Qué signos nos muestras para obrar así?». Jesús contestó: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré». Los judíos replicaron: «Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?». Pero él

hablaba del templo de su cuerpo. Y, cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús.

Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba con ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.



de lo que está escrito en un Salmo: «El celo de tu casa me devora» (69, 10). Este Salmo es una invocación de ayuda en una situación de extremo peligro a causa del odio de los enemigos: la situación que Jesús vivirá en su pasión. El celo por el Padre y por su casa lo llevará hasta la cruz: el suyo es el celo del amor que paga en carne propia, no el que querría servir a Dios mediante la violencia. De hecho, el «signo» que Jesús dará como prueba de su autoridad será precisamente su muerte y resurrección. «Destruid este templo – dijo –, y en tres días lo levantaré».

Y san Juan observa: «Él hablaba del templo de su cuerpo» (Jn 2, 19. 21). Con la Pascua de Jesús se inicia un nuevo culto, el culto del amor, y un nuevo templo que es él mismo, Cristo resucitado, por el cual cada creyente puede adorar a Dios Padre «en espíritu y verdad» (Jn 4, 23).

Queridos amigos, el Espíritu Santo comenzó a construir este nuevo templo en el seno de la Virgen María. Por su intercesión, pidamos que cada cristiano sea piedra viva de este edificio espiritual (11.3.12).

Jesucristo es el verdadero Templo de Dios. Su **Humanidad Santísima** tan adorable es el reflejo de la gloria del Padre, la impronta de su ser. En Él habita corporalmente la plenitud de la divinidad.

Esa Humanidad es el camino seguro y el más auténtico para nuestra intimidad divina. Hagamos nuestra oración considerando siempre con agradecimiento el regalo tan inmenso que Dios nos hace al darnos a Cristo con su Humanidad y al considerar que nuestra alma es, a imagen de Cristo, el templo santo donde Dios mismo quiere habitar.

ÉL HABLABA DEL TEMPLO DE SU CUERPO: ORAR A LA HUMANIDAD DE CRISTO (Santa Teresa de Jesús)

“No os pido más que le miréis... “-No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas, con quien sabemos nos ama (viva, 8,5).

“De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día; porque para esto, bastaba sola una vez, ¡cuánto más tantas como el Señor me hace esta merced! (...) Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que, en su comparación, me pareciese bien ni me ocupase; que con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias y gracias que en este Señor veía” (V 37, 4)

“Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir. Es ayuda y da esfuerzo, nunca falta, es amigo verdadero. Y veo yo claro, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere que sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita. Muy, muy muchas veces lo he visto por experiencia; hámele dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos” (Vida 22, 6)

“Representarse delante de Cristo y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada Humanidad y traerle siempre consigo y hablar con Él, pedirle por sus necesidades y quejarse de sus trabajos, alegrarse con Él en sus contentos y no olvidarle por ellos... (Vida 12).

EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO (Benedicto XVI)

El Evangelio de este tercer domingo de Cuaresma refiere, en la redacción de san Juan, el célebre episodio en el que Jesús expulsa del templo de Jerusalén a los vendedores de animales y a los cambistas (cf. Jn 2, 13-25). El hecho, recogido por todos los evangelistas, tuvo lugar en la proximidad de la fiesta de la Pascua y suscitó gran impresión tanto entre la multitud como entre sus discípulos. ¿Cómo debemos interpretar este gesto de Jesús?

En primer lugar, hay que señalar que no provocó ninguna represión de los guardianes del orden público, porque lo vieron como una típica acción profética: de hecho, los profetas, en nombre de Dios, con frecuencia denunciaban los abusos, y a veces lo hacían con gestos simbólicos. El problema, en todo caso, era su autoridad. Por eso los judíos le preguntaron a Jesús: «¿Qué signos nos muestras para obrar así?» (Jn 2, 18); demuéstranos que actúas verdaderamente en nombre de Dios.

La expulsión de los mercaderes del templo también se ha interpretado en sentido político revolucionario, colocando a Jesús en la línea del movimiento de los zelotes. Estos, de hecho, eran «celosos» de la ley de Dios y estaban dispuestos a usar la violencia para hacer que se cumpliera. En tiempos de Jesús esperaban a un mesías que liberase a Israel del dominio de los romanos. Pero Jesús decepcionó estas expectativas, por lo que algunos discípulos lo abandonaron, y Judas Iscariote incluso lo traicionó. En realidad, es imposible interpretar a Jesús como violento: la violencia es contraria al reino de Dios, es un instrumento del anticristo. La violencia nunca sirve a la humanidad, más aún, la deshumaniza.

Escuchemos entonces las palabras que Jesús dijo al realizar ese gesto: «Quitad esto de aquí; no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre» (Jn 2, 16). Sus discípulos se acordaron entonces

MEDITACIÓN DEL P. MORALES

Comenzó a echar a los cambistas...

No convirtáis en un mercado la casa de mi Padre

Y entrando en el templo de Dios, comenzó a echar a todos los que vendían y compraban, y volcó las mesas de los cambistas y los asientos de los que vendían las palomas. Bruscamente, Jesús empuña el látigo y arremete contra los negociantes que profanaban el templo. Pero lo hace también movido por compasión. No puede permitir que se envilezca la casa de Dios. *Mi casa será llamada casa de oración.* Tu alma está creada por Dios para eso, para ser casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Mi alma, templo de Dios vivo para adorarle en amor rebosante de fe, la convierto en cueva de ladrones al permitir que trafiquen en ella durante el día la curiosidad, pereza, vanidad. Tengo que abrir mi alma a Cristo para que, látigo en mano, penetre en ella, trastorne mis planes, esfume ilusiones engañosas.

Imposible llegar a ser alma de oración si con la gracia salvadora de Jesús no consigo centrarme en Él. «La oración sólo puede existir bajo la ley de la unidad». Todo lo que divide va contra ella. Los que sólo desean hacer oración el momento en que la empiezan, nunca encontrarán al Amor, a no ser por un milagro. Es necesario, aun en medio de las ocupaciones, hacer todos los esfuerzos por arrancarse de ellas, manteniendo el corazón unido a Dios. Si no lo hacemos, nos privamos de esa paz inalterable, preludio indispensable de la oración tranquila y sosegada.

Santa Teresa de Jesús lo experimentó en una serie de años. «En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo. Y así no me podía encerrar dentro de mí sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años, que ahora me espanta que no dejase lo uno o lo otro. Bien sé que dejar la oración no era ya en mi mano, porque me tenía con las tuyas el que me quería para hacerme mercedes». Es que la oración solitaria se alimenta de la oración acompañada de todos los momentos del día. Desgajada de su raíz, la flor se seca. Digamos con confianza a la Virgen:

–«Reina y Madre mía: pídele a Jesús que empuñe el látigo, que arroje de mi corazón esos mercaderes que trafican: recuerdos del pasado, impresiones del presente, temores del futuro. Me impiden vivir el momento presente, amar. Mi alma, Madrecita, tiene que ser casa de oración y no cueva de ladrones. Ayúdame a expulsarlos. Lánzalos tú, que yo soy incapaz. Es la consigna que me das para mi vida: hacer de mi alma casa de oración para gloria del Padre y conquista de las almas, con cueva de ladrones. Así empezaré a saborear las intimidades y dulzuras de la vida de oración; esa audiencia del hijo de Dios con el Padre de los cielos para adorarle, glorificarle, manifestarle su amor, conocer su voluntad y alcanzar la fuerza para cumplirla. Audiencia sublime en que, al soplo del Espíritu Santo, se desarrollan en el alma los sentimientos que produce nuestra adopción divina en Jesucristo».

EL CIELO DE NUESTRA ALMA

(Santa Teresa de Jesús)

“Ya sabéis que Dios está en todas partes. Pues claro está que adonde está el rey, allí, dicen, está la corte; en fin, que adonde está Dios, es el cielo.

Sin duda lo podréis creer, que adonde está Su Majestad está toda la gloria. Pues mirad que dice San Agustín que le buscaba en muchas partes y que le vino a hallar dentro de sí mismo. ¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender esta verdad, y que no ha menester para hablar con su Padre Eterno ir al cielo, ni para regalarse con Él, ni ha menester hablar a voces?

Por paso que hable, está tan cerca que no oirá; ni ha menester alas dentro de sí, y no extrañarse de tan buen Huésped; sino con gran humildad, hablarle como a padre, pedirle como a padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija....

Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor; y que sois vos parte para que este edificio sea tal (como, a la verdad es así, que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores, más resplandecen las piedras), y que en este palacio está este gran Rey, que ha tenido por bien ser vuestro Padre, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón” (Camino 46-48).

DULCE ABRAZO EN EL ALMA (San Juan de la Cruz)

«Dios mora secretamente en el seno del alma, porque en el fondo de la sustancia del alma es hecho este dulce abrazo. Mora secretamente, porque a este abrazo no puede llegar el demonio, ni el entendimiento del hombre alcanza a saber cómo es. Pero al alma misma, [que ha sido introducida ya por la alta vida de virtud] en esta perfección, no le está secreto, pues siente en sí misma este íntimo abrazo...

¡Oh, qué dichosa es esta alma que siempre siente estar Dios descansando y reposando en su seno!... En otras almas que no han llegado a esta unión, aunque no está (el Esposo) desagradado, porque al fin están en gracia, pero, por cuanto aún no están bien dispuestas, aunque mora en ellas, mora secreto para ellas, porque no le sienten de ordinario, sino cuando él les hace algunos recuerdos sabrosos» (Ll 4,14-16).

ELEVACIÓN DEL ALMA A LA TRINIDAD

(Reza con Santa Isabel de la Trinidad)

“Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro, ayúdame a olvidarme totalmente de mí para establecerme en Ti, inmóvil y tranquilo, como si ya mi alma estuviera en la eternidad. Que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de Ti, oh mi inmutable, sino que cada minuto me sumerja más en la hondura de tu Misterio.

Pacífica mi alma, haz de ella tu cielo, tu morada de amor y el lugar de tu descanso. Que en ella nunca te deje solo, sino que esté ahí con todo mi ser, todo despierto en fe, todo adorante, totalmente entregado a tu acción creadora.

Oh mi Cristo amado, crucificado por amor, quisiera ser, en mi alma, una esposa para tu Corazón, quisiera cubrirte de gloria, quisiera amarte..., hasta morir de amor. Pero siento mi impotencia: te pido ser revestido de Ti mismo, identificar mi alma con cada movimiento de la Tuya, sumergirme en Ti, ser invadido por Ti, ser sustituido por Ti, para que mi vida no sea sino irradiación de tu Vida. Ven a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador.

Oh Verbo eterno, Palabra de mi Dios, quiero pasar mi vida escuchándote, quiero volverme totalmente dócil, para aprenderlo todo de Ti. Y luego, a través de todas las noches, de todos los vacíos, de todas mis impotencias, quiero fijar siempre la mirada en Ti y morar en tu inmensa luz.

Oh Astro mío querido, fascínate, para que ya no pueda salir de tu esplendor. Oh Fuego abrazador, Espíritu de amor, desciende sobre mí, para que en mi alma se realice como una encarnación del Verbo: que yo sea para Él como una prolongación de su Humanidad Sacratísima en la que renueve todo su Misterio.

Y Tú, oh Padre, inclínate sobre esta pobre criatura tuya, cúbrete con tu sombra, no veas en ella sino a tu Hijo Predilecto en quien tienes todas tus complacencias.

Oh mis Tres, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad en que me pierdo, me entrego a Vos como una presa. Sumergíos en mí para que yo me sumerja en Vos, hasta que vaya a contemplar en vuestra luz el abismo de vuestras grandezas”.